

¿Qué debe saber un historiador? Reflexiones sobre los modelos curriculares y la enseñanza superior de la historia en la Argentina durante el siglo XX

por *Pablo Buchbinder*

Universidad Nacional de General Sarmiento, Universidad de Buenos Aires — CONICET
pbuchbin@ungs.edu.ar

Resumen

El trabajo está centrado en los cambios en la enseñanza de la historia en el sistema universitario argentino durante el siglo XX. Se analizan especialmente las controversias en torno al papel de los métodos de investigación, los estudios clásicos y las ciencias sociales en la formación de los historiadores.

Palabras clave

Universidad; historiografía; profesionalización.



What a historian should know? Reflections on curriculum models and teaching history in higher education in Argentina during the twentieth century

Abstract

This article describes the changes in the Teaching of History at the Argentine University in the Twentieth Century. It focuses on the Controversies about the place of the Research Methode, the Classical Studies and the Social Sciences in the Teaching of History.

Keywords

University, historiography, professionalization.



Los orígenes de la enseñanza de la historia en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires

La conformación de la historia como disciplina universitaria constituye un aspecto sustantivo del proceso de profesionalización de la historia en Occidente. Durante el siglo XIX surgieron las primeras cátedras de la disciplina en el nivel superior y a través de ellas se estandarizó y difundió el método de crítica documental que se convirtió en el signo distintivo de la profesión. Ser un científico y un profesional de la historia a partir de mediados del siglo XIX implicaba dominar ese método y aplicarlo en forma sistemática. Al mismo tiempo, los claustros de las instituciones de enseñanza superior eran los ámbitos privilegiados de socialización de los historiadores. Desde Ranke, los historiadores comenzaron a formarse y a desarrollar sus actividades en el ámbito universitario. En este sentido, el análisis de la evolución de la disciplina en la enseñanza superior se revela indispensable para una historia de la historiografía, de la formación, las orientaciones y, consecuentemente, del perfil de los historiadores. Un estudio de estas características es esencial, además, para entender las formas en las que se fueron definiendo los atributos y requisitos que debía poseer tanto un profesional de la investigación como un docente de la disciplina en dicho nivel.

Los integrantes de la comunidad de historiadores se vieron a sí mismos, a partir de mediados del siglo XIX, como especialistas que combinaban la actividad de investigación con la de enseñanza. Se concebían como responsables del continuo progreso de su disciplina a partir de su propia actividad y, fundamentalmente, del entrenamiento de discípulos. La creación histórica era, por otra parte, entendida como una empresa esencialmente colectiva en la que el juicio de los pares desempeñaba un papel fundamental (Goldstein, 1983:3-27). Nuestro propósito, en este caso, consiste básicamente en realizar una primera aproximación al estudio de la evolución de la enseñanza superior de la historia durante la primera mitad del siglo XX en la Argentina concentrándonos, particularmente, en el caso de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. A pesar del desarrollo que han experimentado los estudios sobre historiografía argentina en los últimos años el tema ha sido relativamente poco estudiado, con alguna excepción como la que representa el texto de Fernando Devoto (1993:387-402) sobre la organización de la enseñanza de la historia en las Universidades de Buenos Aires y La Plata. La reconstrucción que ofrecemos aquí, por otra parte, es solamente parcial. Hemos intentando introducirnos en el tema a partir del análisis de la evolución global de los planes de estudio y de algunos debates que nos parecen particularmente relevantes para comprender los criterios que informaron la sanción y organización de dichos planes. El análisis de los programas de los cursos cuyo material se encuentra disponible es analizado aquí en forma sólo tangencial.

La Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, fundada en 1896, fue la primera institución, dentro del ámbito académico argentino, consagrada en forma sistemática al cultivo de las humanidades (Buchbinder, 1997). Orientados por este propósito, sus autoridades establecieron, en el mismo año de su fundación, el primer plan de estudios, que fue modificado tres años después, y que daba opción a un título de doctor en Filosofía y Letras.¹ En esta primera etapa no se contemplaba una formación especializada en historia

ya que los estudios combinaban una serie de cursos de carácter filosófico, histórico y literario.² Una reforma, en 1899, extendió el plan sumándole un año. Esto hizo posible que se incorporasen varias asignaturas, sobre todo materias de lenguas y literaturas clásicas. Por otro lado, durante ese año se instituyeron tres áreas compuestas por cinco o seis cursos cada una en filosofía, historia y letras. La aprobación de estos ciclos, paralelos a la carrera principal, y pensados originalmente para quienes ya ejercían cargos docentes o tenían algún título habilitante para la enseñanza formal, permitía acceder al título de profesor en alguna de las tres disciplinas mencionadas.

La serie de cursos que daba opción a un título de profesor en historia era concebida entonces como complemento de una instrucción previa y de carácter general. Los del doctorado en Filosofía y Letras, mientras tanto, seguían incluyendo un conglomerado de materias de diferente naturaleza. Para obtener el título de doctor, que no habilitaba para el ejercicio de ninguna profesión en particular, había que aprobar unas veinte materias de las cuales sólo tres —tanto en el primero como en el segundo plan— eran específicamente de historia. Aunque en su estructura original, los ordenamientos curriculares de 1896 y 1899 estaban animados de una cierta impronta enciclopédica las autoridades establecieron que los profesores debían adoptar un sistema monográfico e intensivo en la organización de cada curso. Esto implicaba que tenían que delimitar un tema puntual y aplicar allí una metodología “específica y propia” de un curso universitario. Finalmente, la presentación de una tesis y la aprobación de una serie de exámenes generales al terminar el cursado de todas las asignaturas permitían acceder al título de doctor.³

El carácter de la formación que se desarrollaba en el ámbito de la Facultad fue objeto de una intensa discusión a principios de la década de 1910. El debate tuvo lugar en el seno del Consejo Directivo, principal organismo de gobierno de la institución donde se enfrentaron dos grupos. El eje de la controversia estuvo polarizado entre quienes propugnaban la defensa de un modelo curricular que privilegiaba la formación general y quienes, como Carlos Octavio Bunge, respaldaban la introducción de un modelo más especializado y organizado a partir de disciplinas específicas. Por un lado se señalaba que el enciclopedismo que animaba a la estructura curricular era contrario al espíritu científico moderno. Se subrayaba así la imposibilidad de exigir un grado profundo de especialización en las tres áreas en forma simultánea. Por otro, se insistía en las ventajas de la formación general e integral. Finalmente triunfaron quienes sostenían la primera posición. De esta forma, el plan vigente desde 1898 fue modificado en 1912 disponiéndose la división del tronco de los estudios en tres “secciones”: filosofía, historia y letras.⁴

El plan de 1912 puede ser entonces considerado como el primero de una “carrera” de historia en la Facultad de Filosofía y Letras. Sin embargo, a pesar de que dicho plan surgió como resultado de una reacción contra un modelo curricular “generalista”, el número de materias específicas de la sección de historia —los planes de cada carrera incluían materias específicas de la sección correspondiente junto a otras de las demás secciones— siguió siendo reducido. Incluían un curso de arqueología, uno de antropología y dos de geografía. Finalmente, sólo

tres asignaturas eran específicamente de contenido histórico. Había dos denominadas de “Historia Universal”, la primera presentaba contenidos de Historia europea escogidos con un criterio monográfico y la segunda, era, en realidad, un curso de historia americana. La tercera asignatura estaba dedicada a la evolución histórica argentina.⁵ Pocos años más tarde, el primer curso de Historia Universal fue dividido en dos. El resto de la currícula estaba conformado por materias de las secciones de letras, filosofía y cursos de latín y griego. Así, a pesar de la creación de tres secciones disciplinares, seguía imponiéndose, en realidad, el sello de la formación general impreso en los planes de principios de siglo.

En consecuencia si bien podría afirmarse que se creó entonces una verdadera carrera de historia, es importante formular la pregunta en torno a las características de la enseñanza y el “perfil” del egresado que se procuraba formar a partir de dicho plan. Creemos que una de las vías para responder a esta cuestión necesariamente remite al peso y el lugar que la enseñanza de los métodos críticos asociados a la constitución de la historia como disciplina científica ocupó en los nuevos planes de estudio.

Los primeros decanos y miembros de los consejos académicos que gobernaban la facultad no contaban con una formación técnica o especializada en ninguna disciplina en particular. Sin embargo, eran conscientes y reconocían la importancia que los métodos de crítica y análisis documental tenían en la formación de los historiadores. Conocían así las modalidades que asumía la formación de los profesionales de esta disciplina en los principales centros de enseñanza superior europeos. Miguel Cané, por ejemplo, decano de la Facultad entre 1899 y 1904, al hacer entrega del cargo a su sucesor, Norberto Piñero había sostenido que “en ninguna Facultad del mundo se estudiaba para ser historiador” pero, en muchas de ellas se había comenzado a difundir una ciencia cuya necesidad había acabado por imponerse: la “metodología histórica”. Esta, junto a la heurística, subrayaba el decano saliente, ya eran consideradas fundamento indispensable de los estudios históricos.⁶

A pesar de la extendida difusión de estas ideas, la enseñanza relacionada con la metodología histórica, la crítica de fuentes y el análisis documental que, en todo Occidente, se convirtieron durante el siglo XIX en el elemento que otorgó status científico a la historia y cuyo dominio definió al nuevo profesional de la disciplina encontró una notable resistencia en la Facultad. En este sentido, las discusiones que rodearon la presentación de los programas de los cursos de historia universal a cargo de Antonio Dellepiane son sumamente ilustrativas de la fuerza de dicha resistencia. Este dedicaba gran parte de sus clases al abordaje de cuestiones de metodología histórica. Al presentar el programa de una de sus materias en el año 1904 aclaraba que había creído conveniente dividir la enseñanza de la materia en dos partes: la primera era de carácter general y tenía un sentido introductorio, la segunda, especial, estaba consagrada al estudio intensivo de una época o cuestión histórica determinada, en este caso, a la “Política exterior de los Estados europeos contemporáneos”. La parte general, sostenía Dellepiane, tenía por objetivo proporcionar a los alumnos el caudal instrumental necesario para abordar con éxito el examen de la parte especial. Se incluían entonces las nociones indispensables para la adquisición de la técnica del historiador y la formación de hombres de ciencia.

La decisión que tomaba Dellepiane (1906:69–83) en relación a la organización de su curso de historia era fruto de una reflexión profunda sobre cómo debía organizarse la enseñanza. Además estaba articulada con ideas muy precisas sobre la función de la Facultad. Le atribuía a ésta la obligación de difundir en el país la cultura superior provocando así su adelanto “intelectual y moral”. Pero también consideraba que la institución debía preparar a los futuros dirigentes. La formación de profesores para la enseñanza media era otra tarea central. Por último comprendía a la práctica científica como una función fundamental de la Facultad. En los cursos debía iniciarse a los jóvenes en el dominio de los métodos científicos formando “hombres de estudio” que supiesen “investigar por cuenta propia”. A partir de estas consideraciones, Dellepiane definía los objetivos de la enseñanza señalando que ésta, al mismo tiempo, debía procurar en el educando la adquisición de un sistema de conocimiento y proporcionarle la aptitud para transmitir el conjunto de saberes conquistados por el hombre. Por último, era necesario que le otorgase los instrumentos para que pudiese ampliar por su propio esfuerzo estos mismos saberes y luego estar en condiciones de extender en base a la investigación original la masa de conocimientos existentes.

Las expresiones de Dellepiane revelan fuertes diferencias y controversias entre los miembros de la Facultad en torno a la manera de encarar la enseñanza. En forma velada criticaba a su antecesor en la cátedra de Historia de la Civilización, Martín García Mérou, que había estructurado su curso sobre la base del índice de la *Historia de la Civilización* de M. Ducoudray. Se trataba de una obra “anticuada y elemental” y escrita para la “instrucción secundaria de un colegio de señoritas”. Las clases estaban basadas en una serie de “eruditas conferencias” y el estudio de la metodología y las ciencias auxiliares de la historia brillaba por su ausencia. Los contenidos elementales de la materia eran notablemente amplios, pero Dellepiane consideraba necesario limitar el estudio de la época de que era su objeto para ganar en profundidad lo que perdiese en extensión. Por eso proponía dedicar una parte del curso a la cuestión metodológica y otra al estudio intensivo de los pueblos del Oriente clásico en el marco de una asignatura que debía abarcar desde los orígenes de la civilización hasta la caída del Imperio Romano de Occidente.

Desde 1905, Dellepiane había modificado la parte especial del programa del segundo curso de historia de la civilización dedicado a las edades media, moderna y contemporánea y concentró la enseñanza en el estudio de los “partidos sociales” —socialistas y anarquistas— manteniendo en primer término la parte general sobre cuestiones metodológicas. Pero en 1909 omitió la parte especial del programa transformando su curso en uno exclusivamente de metodología. En una reunión del Consejo Directivo, el decano cuestionó la propuesta señalando que el objeto de la materia era la historia y no su método. La metodología, sostenía el decano, debía ser tratada, pero no como tema principal, sino como medio de enseñanza. Al finalizar la sesión se aprobó una ordenanza que estableció que el curso de historia universal versaría siempre sobre asuntos determinados del proceso histórico con cuyo motivo se aplicarían los principios de la metodología.⁷ Sin embargo, Dellepiane señaló la necesidad de hacer conocer primero el cuerpo metodológico y luego trabajar sobre su aplicación. Con ese objetivo propuso

una ordenanza que modificase la de 1910 y declarase que el contenido del curso de historia incluiría el estudio de la metodología, la teoría y la ciencia de la historia.⁸ Sólo después de un intenso debate el Consejo Directivo aceptó las sugerencias de Dellepiane.

Cabe destacar también que la preocupación por introducir la enseñanza de la metodología de la historia sobre la base del uso sistemático del método crítico fue defendida, paralelamente, por Luis María Torres (1911:698–709) en relación con la organización de la enseñanza superior de la historia en la Universidad Nacional de La Plata. Torres, que tendría a su cargo de la dirección de la sección de investigaciones históricas y un curso específico sobre fuentes en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA señalaría también que la mayoría de los historiadores argentinos como Quesada, Dellepiane o García compartían la idea de la necesidad de incorporar el estudio de las fuentes originales mediante el ejercicio más o menos metódico de todos los recursos que ofrecía la crítica externa e interna. Recordaba entonces las enseñanzas brindadas por Rafael Altamira en esa misma Universidad en el año 1909. Altamira, un prestigioso historiador español que frecuentó en vísperas del centenario las casas de estudios superiores de la Argentina, había puesto en evidencia la necesidad de hacer “permanente y especial” el estudio de la metodología en los cursos de historia para así hacer posible “la investigación original”.

Gracias a la presión de Dellepiane la enseñanza de la historia en Filosofía y Letras comenzó entonces a ser modificada, introduciéndose con mayor vigor aspectos relacionados con la metodología. En agosto de 1917 se estableció un nuevo ordenamiento para los estudios. Se implementó un curso específico de metodología, uno de historia de las civilizaciones, otro de historia de América en sus relaciones con Europa y uno de historia argentina. Francisco Capello, un conocido latinista, fue designado profesor titular de historia de las civilizaciones. En su curso alternaba el estudio de diversos aspectos de la historia de Grecia y Roma. Dellepiane permaneció al frente del curso de metodología centrándose allí en el análisis de los problemas relacionados con la heurística, las disciplinas auxiliares de la historia, la clasificación de documentos y la agrupación de los acontecimientos. El mismo decano presentó ese año una moción para que al director de la Sección de Investigaciones Históricas de la Facultad, una pequeña oficina fundada en 1906 para organizar la investigación en la disciplina, le fuese encargado un curso sobre fuentes de la historia americana y argentina. A partir de 1918, entonces, Luis M. Torres, director de la sección, dictó el curso correspondiente que integró con una parte general, dedicada a los problemas del conocimiento y método histórico y una especial, a los problemas y fuentes de la historia primitiva de América.

Sin embargo, los debates en el Consejo Directivo mostraban, de todas formas, el predominio de una concepción según la cual el conocimiento técnico o metodológico debía subordinarse a la posesión de una amplia cultura humanista. Los primeros años del siglo revelan así una nítida tensión entre quienes privilegiaban, desde los organismos de gobierno académico de la Facultad, la imposición de un modelo humanista centrado en la adquisición de una cultura general y enciclopédica frente a quienes pretendían imponer otro, mucho más atento a las modalidades que, en el medio universitario europeo, particularmente en el alemán, adquiría la

formación científica, orientada en base a cursos monográficos, intensivos y con fuerte énfasis en la enseñanza de los métodos de investigación. La respuesta que Ernesto Quesada, profesor titular de Sociología, brindaría a una consulta efectuada por las autoridades de la Facultad que deseaban saber si había llegado a completar el programa de su asignatura, expresa también con claridad la naturaleza de la discusión. Quesada contestaba señalando, en una línea de razonamiento similar a la que había sostenido en su momento Dellepiane, que nunca sería posible abarcar toda la materia dentro de los límites de un curso anual. El objetivo de éste debía ser necesariamente otro. Se trataba de mostrar “como debe estudiarse, de que manera es menester profundizar el estudio” y cuáles eran los métodos que correspondía emplear. Era necesario en este contexto despertar la curiosidad intelectual de los estudiantes y estimular las críticas y el debate. El desafío consistía en orientar adecuadamente a estos para que ellos mismos más adelante “pudiesen profundizar por sí solos cualquier otro aspecto no discutido en clase”.⁹

Si bien Quesada no tendría participación directa en la enseñanza de la historia en la Facultad era ya un historiador reconocido y una persona de consulta habitual en cuestiones de organización académica gracias a su nutrida experiencia como estudiante en Inglaterra, Francia y, sobre todo en Alemania. En 1909 redactó un informe, titulado *La enseñanza de la Historia en las Universidades alemanas* que había sido elaborado por encargo de la Universidad de La Plata cuyas autoridades procuraban organizar una sección de estudios históricos. Inspirándose en el modelo universitario de la ciudad de Leipzig, dirigido por el prestigioso historiador Karl Lamprecht, Quesada (1910) propuso conformar una estructura curricular sobre la base del sistema de seminario alemán, es decir cursos monográficos en los que se aplicasen con rigor los métodos científicos. En estos cursos, además de abordarse un sólo tema específico en profundidad, se aprenderían sistemáticamente los procedimientos de la crítica documental, considerados el verdadero núcleo duro de la profesión histórica. Por otro lado, Quesada proponía adoptar una estructura curricular sumamente especializada aunque contemplaba un fuerte complemento de cursos de Filología y Filosofía.

Es altamente probable que este informe fuese conocido por los miembros del cuerpo directivo y docente de la Facultad de Filosofía y Letras de principios de siglo. Sin embargo, su propuesta no parece haber tenido éxito. Incluso, un examen más detenido de la estructura curricular de la Facultad de parece mostrar paralelos mucho más claros con el modelo universitario francés que con el alemán. En este contexto puede señalarse que la similitud con la Facultad de Letras de París de finales del siglo XIX es particularmente clara. La descripción que, de esta última institución brinda Rafael Altamira (1891–1895:61–111) presenta algunos elementos interesantes para llevar a cabo la comparación. Altamira subrayaba las diferencias existentes entre las casas de estudio alemanas y francesas. El propósito de la enseñanza de la historia en estas últimas no apuntaba a crear “como en las universidades alemanas generaciones de eruditos”. La orientación alemana, afirmaba Altamira con cierto tono crítico reducía la orientación histórica “a la parte puramente técnica e instrumental”. Por contraposición, recordaba Altamira en este texto como la figura central de la enseñanza superior de la historia en Francia, Ernest Lavisé, sostenía que la educación histórica debía comenzar por una concep-

ción general del proceso histórico: “Ante todo, la historia general. No se puede ser historiador sino a condición de tener conocimiento de toda la historia, y sobre todo, de la de los pueblos occidentales, que han fundado las sociedades más inteligentes, más laboriosas y más sólidas, y han merecido poseer el mundo”.

Aunque Altamira subrayaba los intentos de los académicos franceses por incorporar gran parte de los elementos centrales del modelo pedagógico germano marcaba una característica todavía predominante en el modelo universitario francés que es posible advertir en el argentino y que residía en su orientación predominantemente profesionalista. La Facultad de Letras de París, subrayaba Altamira, era sobre todo “una escuela preparatoria del profesorado de segunda enseñanza”. Sus objetivos hacían “inclinarse la enseñanza del lado de la preparación profesional más que de la científica”.

Las orientaciones predominantemente científicas de enseñanza de la historia fueron encontrando trabas sustanciales durante las dos primeras décadas del siglo XX en el ámbito de la Universidad de Buenos Aires. El caso de la Facultad de Filosofía y Letras muestra entonces en sus orígenes ciertos paralelos con el caso francés, tal como los describía Altamira. La institución había sido creada justamente para romper el molde exclusivamente profesional que caracterizaba a la Universidad de Buenos Aires. Pero la demanda del medio la llevó a ocuparse progresivamente de la formación de profesores de enseñanza media en sus tres disciplinas principales. Sus estudiantes activos y potenciales demandaban un título profesional y no concurrían a sus aulas motivados por la práctica “desinteresada” de la ciencia. En este sentido, el análisis de la evolución de la enseñanza universitaria de la historia no puede desvincularse de la propia trayectoria de la Facultad. La transformación de ésta, de un instituto consagrado a la ciencia pura en una escuela de formación de profesores incidió en la organización curricular de los estudios históricos relegando a un segundo plano los problemas vinculados con la formación especializada y específicamente científica. Sin embargo, tampoco es posible afirmar simplemente que el modelo curricular esbozado durante esta década y afirmado finalmente a partir de los años veinte respondiese sólo a la demanda de formación de profesores. No era éste el único criterio en la organización curricular ni en la instrumentación de los programas que, en muchos casos, seguían manteniendo un carácter monográfico o problemático.

En este sentido, cabe destacar que también es difícil reconstruir con cierta precisión las características de la enseñanza impartida concretamente en los cursos de la Facultad. Existe, de todas formas, un testimonio particularmente útil para lograr una primera aproximación. Se trata de la transcripción de las clases del curso de Historia Argentina que dictaban Joaquín Castellanos en la condición de profesor titular y David Peña como suplente.¹⁰ La asignatura seguía criterios diferentes a los proclamados por Dellepiane o Quesada. Los apuntes transcritos permiten advertir el desarrollo de un curso general, de tono enciclopédico precedido de breves consideraciones historiográficas, pero sin una preocupación particular por las cuestiones metodológicas, aunque los profesores se esforzaban por definir a la historia como una disciplina científica diferenciándola del discurso meramente político, el moral o el poético. Los trabajos de los estudiantes no se concentraban en algún problema en particular sino que

abordaban dimensiones muy diferentes de la historia americana y argentina desde la conquista hasta 1820.

La afirmación del modelo humanista y la hegemonía de la nueva escuela

La Facultad de Filosofía y Letras fue experimentando una serie de cambios desde finales de la década del diez que afectaron significativamente la enseñanza de la historia. El movimiento de la Reforma de 1918 provocó un recambio del plantel docente que, si bien se efectuó en forma gradual, determinó que el perfil de los profesores de la institución fuese, hacia finales de los años '20, sustancialmente diferente del de principios de siglo. Estas transformaciones afectaron a la mayoría de las cátedras de la sección de historia. Un grupo de historiadores relacionados con la llamada Nueva Escuela Histórica accedería a partir de esa década a varios de los cargos docentes de la sección de Historia de la Facultad. Más allá de disidencias políticas o ideológicas, este grupo compartía una concepción del oficio del historiador que los diferenciaba claramente de algunos de los “profesores *dilettantes*” que habían ejercido la enseñanza y la práctica de la disciplina en el ámbito universitario hasta entonces. Rómulo Carbia, Diego L. Molinari, Ricardo Levene y Luis M. Torres, entre otros, pertenecían a una generación de historiadores que hizo del ejercicio de las reglas relacionadas con la crítica de documentos el elemento esencial que los diferenciaba de quienes habían ocupado los principales puestos universitarios hasta entonces (Devoto–Pagano, 2008:139–200; Halperin, 1986:487–520). Los historiadores de la Nueva Escuela se hicieron cargo de estos puestos como resultado de un proceso lento y gradual que se completó recién a finales de la década de 1930. Este grupo llegó a desempeñar un papel central en la producción, difusión y enseñanza de la historia en la Argentina a partir del férreo control de las instituciones oficiales consagradas a la práctica de la disciplina. Los principales institutos históricos de las Universidades de La Plata y Buenos Aires, los puestos en la docencia universitaria y la dirección de la Junta de Historia y Numismática, transformada después en Academia Nacional de la Historia, serían controlados por miembros de la “Nueva Escuela”.

La influencia creciente de los historiadores de la Nueva Escuela Histórica, en distintos ámbitos institucionales y en puestos directivos de la Facultad, induciría a aventurar la hipótesis del triunfo, en la institución, de un modelo de formación histórico altamente técnico y especializado. Un análisis más detallado y minucioso de los programas, de la composición del cuerpo docente y de la estructura curricular consolidada desde principios de los años veinte desmiente esta imagen. La hegemonía de la Nueva Escuela se limitó a unos pocos cursos, básicamente a los de introducción a la historia, sociología, historia americana y argentina que fueron asumidos como resultado de un proceso gradual por Rómulo Carbia en 1931, Ricardo Levene en 1923, Emilio Ravignani en 1921 y Diego Luis Molinari en 1942, respectivamente (Devoto, 1993:7–16; Pagano y Galante, 1993:57–95). Un número importante de asignaturas de contenido histórico quedó, de todos modos, en manos de un grupo de profesionales ajenos a esta escuela historiográfica.¹¹ Así es entonces difícil encuadrar dentro de ésta a Carlos

Ibarguren, miembro de una tradicional familia salteña que estuvo a cargo de la cátedra de historia argentina hasta 1924, al igual que a Mariano de Vedia y Mitre, profesor suplente de la misma cátedra desde principios de la década de 1910. Con la renuncia del primero en 1924 el cargo quedó en manos de de Vedia y Mitre hasta entrados los años cuarenta. Tampoco puede adscribirse a la Nueva Escuela al ya mencionado David Peña, el otro profesor suplente de la materia desde principios de siglo.¹²

El predominio de los historiadores de la Nueva Escuela en la sección de historia de la Facultad fue entonces ciertamente limitada. Como señalamos en un pasaje anterior es difícil, también en este caso, reconstruir las características y la índole de la dinámica de estas materias, como asimismo el lugar asignado en ellas a los problemas metodológicos y a las prácticas científicas asociadas al oficio del historiador. Los programas señalaban, al menos la aspiración a adoptar un estilo monográfico similar al de los seminarios. En la gran mayoría el enfoque que predominaba era el de una historia de un tono clásicamente político e institucional muy anclada, en el caso de Ravignani, por ejemplo, en cuestiones de carácter jurídico. El curso de Levene, por otra parte, consistía, básicamente, en un panorama de la historia de las ideas sobre la sociedad. Las cuestiones específicamente metodológicas eran, en principio, el objeto del curso introductorio de Luis María Torres. Sin embargo, gradualmente, Torres fue convirtiendo su curso en uno de historia de la historiografía, adquiriendo definitivamente ese carácter a partir de 1931, cuando Rómulo Carbia fue designado profesor titular de esa materia. Las cuestiones relativas a las técnicas y metodologías propias del oficio del historiador quedaron cada vez más relegadas en el ámbito de la carrera y su estudio dejó de ser el objeto de una asignatura especial como había reclamado Dellepiane a principios de siglo. Probablemente, su tratamiento quedó limitado a las clases que dictaba E. Ravignani en su carácter de Director del Instituto de Investigaciones Históricas. En este curso, titulado “Fuentes de Historia Argentina y Americana”, se abordaban los problemas de la heurística, el uso de las colecciones documentales y fuentes bibliográficas. Sin embargo, cabe subrayar que se trataba de un curso de carácter optativo.

Si bien la presencia de la Nueva Escuela Histórica se hacía sentir en los cursos de introducción a la historia, historia argentina, americana y sociología; en los dos de historia de la civilización, —básicamente historia europea— el panorama era sustancialmente distinto. El curso de Historia Antigua y Medieval (primer curso de historia de la civilización) quedó a cargo de Clemente Ricci quien le imprimía una orientación sesgada hacia el análisis de la evolución de las literaturas clásicas. El de Moderna y Contemporánea (segundo curso) permaneció bajo la titularidad de José Oría quien estructuró un curso básicamente de Historia Política en el sentido más erudito y tradicional.¹³ En 1943 con la asunción del reconocido hispanista, Claudio Sánchez Albornoz, como titular de Historia de España, se completó el panorama de las asignaturas de historia general.

Las materias específicas de la sección de historia (la currícula seguía incluyendo materias de otras secciones) se completaban con los cursos de Antropología, Arqueología, Geografía Física y Geografía Humana. El primero de estos era sustancialmente de antropología física, tanto bajo la titularidad de R. Lehmann Nitsche como bajo la de su sucesor Félix Outes. El

de arqueología residía en la enseñanza de una serie de nociones básicas de la materia y un estudio de la arqueología de los pueblos andinos. El curso estaba a cargo de un egresado de la Facultad, Salvador Debenedetti. Finalmente, los de Geografía Física y Humana —materias auxiliares de las de historia— quedaron a cargo de Guillermo Schulz, Juan Keidel, Félix Outes y Romualdo Ardissonne.

Los cambios introducidos a partir de mediados de los años veinte, no conllevarían entonces transformaciones sustanciales en la formación de los futuros egresados, tanto con el título de Profesor o Doctor, de la sección de Historia. La cuestión metodológica no logró ocupar un lugar central en el curriculum de la sección. Tampoco llegó delimitarse claramente el perfil de un especialista en temas históricos como había sugerido Quesada. No sólo no había un énfasis especial en la metodología sino que tampoco existían seminarios especiales dedicados a la investigación. Pero lo más relevante en este caso es que a los límites impuestos al modelo profesional y especializado por la diversidad de orientaciones de los miembros del cuerpo de profesores de la sección de Historia se agregaban los que delimitaba la propia estructura curricular de la Facultad. La carrera tenía, en total, unas veinte materias, de las cuales sólo la mitad era propia de la sección, y también estaban las de Arqueología, Antropología y Geografía. El propósito central de los nuevos planes de estudio sancionados durante aquellos años radicaba en la aspiración a mantener una formación integral basada, esencialmente, en la cultura clásica. La reforma curricular de principios de los años veinte incrementó en todas las secciones las horas dedicadas al estudio de latín y el griego. Los estudiantes de historia debían entonces aprobar, al menos, ocho cursos de lenguas clásicas entre los 20 que integraban la totalidad del plan de estudios. La unidad de los estudios y el bajo grado de especialización constituyeron principios básicos del ordenamiento curricular. La extrema especialización era entendida entonces como contraria a la unidad de la cultura humanista, base de la formación de todo egresado de la Facultad de Filosofía y Letras. Esta orientación se acentuó entonces con la marea antipositivista que se instaló en la Facultad durante los años veinte. Esta estructura curricular frenó, de alguna manera, la especialización al privilegiar la búsqueda de un egresado con un conocimiento acabado de la cultura clásica y una sólida formación general. Curiosamente no era una formación de este carácter la que poseían muchos de los profesores de historia de la sección que eran abogados como Emilio Ravignani, Diego Luis Molinari o Mariano de Vedia y Mitre o egresados del Instituto Nacional de Profesorado, como Ricardo Caillet Bois

Puede ser ilustrativo, en este sentido, examinar las diferencias existentes entre la orientación de los estudios históricos en la Facultad y la de los desarrollados en el Instituto Nacional del Profesorado. Este organismo, consagrado específicamente a la formación de profesores para la enseñanza secundaria fue fundado en 1905. Entre 1907 y 1908 dependió de la Facultad pero, a partir de 1909 se constituyó como entidad subordinada directamente al Ministerio de Instrucción Pública. Sus planes de estudio sufrieron diversas modificaciones pero, en líneas generales, los del profesorado en historia contemplaban una formación disciplinar mucho más especializada que la de la Facultad. Incluían varios cursos dedicados específicamente a la metodología, otorgaban un espacio curricular mucho más amplio a la enseñanza de la historia

argentina y el lugar concedido a las lenguas clásicas era muy reducido. Paralelamente a los cursos generales se preveía un seminario especializado dedicado a la elaboración de trabajos monográficos basado en la utilización de fuentes originales éditas e inéditas. La mayor parte de los cursos estaba a cargo de los mismos profesores de historia argentina y americana que enseñaban, además, en la Facultad. Es particularmente interesante, en este contexto, examinar los materiales elaborados en el marco de los seminarios dirigidos por Emilio Ravignani en esa institución. Los informes de los estudiantes, que se encuentran hoy depositados en la biblioteca del Instituto que lleva su nombre contienen materiales prácticamente desde mediados de la década de 1920 hasta 1945 y muestran una preocupación direccionada, en forma casi exclusiva hacia la historia política, institucional y del derecho, en el sentido más tradicional y un interés particular por el trabajo con fuentes de primera mano, tanto éditas como inéditas. El curso de 1926 estuvo dedicado al estudio de la historia de las relaciones internacionales, el de 1927 al análisis biográfico, el de 1931 al Pacto Federal firmado un siglo atrás y el de 1933 fue consagrado al levantamiento de Urquiza contra Rosas. El de 1945, mientras tanto, tuvo su eje en el proceso de organización constitucional de la República Argentina. Recién a partir de entonces el arco de problemas tratados en el seminario se abrió parcialmente incorporando algunos temas de historia económica y social como la evolución del comercio interior y exterior o la organización de la asistencia social en Buenos Aires después de Caseros. De todas formas, y en líneas muy generales, también en el enfoque de estos temas seguía predominando la preocupación institucional.¹⁴

La estructura curricular impuesta en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA a principios de los años veinte se mantendría prácticamente sin cambios hasta fines de los cincuenta. En realidad, la formación estructurada y cimentada sobre los estudios clásicos constituyó un modelo que se impuso en otras facultades de humanidades del país como puede verse a partir del caso de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Cuyo. Esta Facultad nació con la Universidad del mismo nombre en 1939 y, en el diseño de sus primeros planes de estudios, participaron muchos de los profesores y autoridades de su símil porteña. También existía aquí un primer año común integrado por materias introductorias y, de unas 36 materias que integraban el total de la carrera, 8 estaban constituidas por cursos de Lenguas y Literaturas Latina y Griega. El principal rasgo particular de los planes de estudio de Cuyo estaba dado por un importante énfasis en la enseñanza de la Geografía (el título habilitaba también para la enseñanza de la disciplina) y por la existencia de una especialización en Historia Argentina y Americana en la que el énfasis en la cultura clásica disminuía (Zuloaga: 1965:361–365).

El advenimiento del peronismo, finalmente, produjo una ruptura relevante dentro del cuerpo académico de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires al provocar, mediante cesantías, renunciadas forzadas y jubilaciones, la expulsión de un vasto sector de su profesorado, entre ellos varios miembros destacados de la sección de historia como Emilio Ravignani o Ricardo Caillet Bois. Sin embargo, no se introdujeron modificaciones en el ordenamiento curricular. Incluso, a fines de 1950, el entonces decano de la Facultad, Federico Daus envió una encuesta a los profesores interrogándolos en torno a una posible modifica-

ción del ordenamiento de los estudios. La gran mayoría se opuso a la realización de cambios. Defendían así el principio de la homogeneidad de los estudios basada en la cultura clásica y se pronunciaban por el mantenimiento del primer año común. El nuevo plan que se sancionó finalmente en 1952 siguió respetando estos principios procurando, simplemente, otorgar un peso mayor al estudio de los problemas argentinos. Esta intención cristalizó en la creación de una nueva asignatura: Historia del Pensamiento argentino que era, por otra parte, común a las tres secciones. En lo que respecta a la sección de historia, los cambios se redujeron a la división de los cursos de historia antigua y medieval y moderna y contemporánea.

De la matriz humanista al diálogo con las ciencias sociales: la experiencia de los '60

A partir de 1955 la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA experimentó un proceso de renovación institucional al calor de los cambios políticos derivados del derrocamiento del gobierno de Juan Domingo Perón. Este último acontecimiento llevó a una intervención de la Universidad que culminó en un proceso de normalización en 1957. La institución recuperó entonces su autonomía. En Filosofía y Letras tuvo lugar una renovación de gran parte del cuerpo docente. Científicos e investigadores que habían permanecido al margen de la Facultad durante el período peronista se incorporaron como profesores y auxiliares. En este contexto, la estructura de la Facultad sufrió una serie de cambios sustanciales. Uno de ellos fue la transformación de la organización curricular. Esto se expresó, a su vez, fundamentalmente, en la incorporación de nuevas carreras. Durante ese mismo año fueron creadas las de Sociología y Psicología y, en 1958, la de Antropología.

El proceso de transformación curricular no se agotó aquí. También fueron modificados los planes de estudios de las antiguas. Estos cambios operaron en un contexto que procuraba privilegiar un nuevo perfil para el egresado de la Facultad. Se trataba ahora de orientar a la institución no sólo hacia la formación de profesores de enseñanza media, sino también, y sobre todo, fortalecer en su seno el proceso de formación de científicos e investigadores. La carrera de Historia experimentó en este marco un conjunto de modificaciones que estuvieron condicionadas por cambios en los criterios generales de estructuración de los cursos. La Facultad fue abandonando entonces el modo de organización basado en la implementación de cursos y materias anuales por el cuatrimestral que permitía un acercamiento más intensivo a cada materia. Por otro lado, propició la división de carreras en ciclos, diferenciando etapas introductorias, formativas, y orientaciones. Este nuevo criterio se aplicó en los estudios de Historia.

Los cambios en la carrera de historia fueron graduales y apuntaron, en primer término, a modificar la primera y la última fase de la carrera. Así, entre las materias del nuevo ciclo introductorio, junto a las ya tradicionales Historia, Filosofía y Literatura, se incorporó la posibilidad de optar por cursos de Geografía, Antropología y Sociología. Por otra parte, los cursos de Lenguas Clásicas fueron conservados pero la obligatoriedad se redujo a tres, con la posibilidad de reemplazar a los de cuarto y quinto. El reemplazo podía hacerse con un curso de Etnología general, Sociología, Introducción a las ciencias políticas o a la economía e incluso

también con un seminario de Investigación. Finalmente, en marzo de 1961 se completó el plan de estudios con la organización de los ciclos de orientación. En principio estos estaban definidos en términos geográficos o regionales (Historia Argentina, Americana, Europea etc.), y posteriormente se organizó una especialización en historia social y económica. De este modo, la carrera daba cuenta de los cambios que venía experimentando la disciplina en Europa desde finales de la década de 1920. En sintonía con las características que habían signado la transformación de la historia, la carrera comenzaba a incorporar decididamente a las ciencias sociales en el plan de estudios.

No obstante, no habría que sobrevalorar la fuerza de este proceso de transformación. La carrera de historia sufrió una renovación sólo parcial. Debemos tener presente que la misma transformación curricular que experimentó la Facultad fue extremadamente desigual. Las nuevas carreras creadas a partir de 1959 se organizaron sobre parámetros modernos y atentos a la evolución internacional de la disciplina. Fue el caso de las de Psicología y sobre todo Sociología. La Sociología enseñada hasta entonces constituía más bien una historia de las ideas sobre la sociedad. La nueva carrera, en cambio, estaba organizada para privilegiar la enseñanza de métodos y procedimientos destinados al análisis de diferentes aspectos y dimensiones de la estructura social. El objetivo era llevar a cabo un abordaje de los problemas sociales desde una óptica científica superando el carácter ensayístico y meramente filosófico de la reflexión sobre la sociedad que imperaba en los ámbitos universitarios hasta ese entonces. Por otro lado, estas carreras se crearon prácticamente desvinculadas de la antigua estructura curricular de la institución. En ellas, los estudios clásicos estaban prácticamente ausentes y el número de materias que compartían con otras carreras era relativamente bajo.

De este modo, el impacto de la transformación, en las antiguas carreras de la Facultad fue desigual. Allí, la renovación operó, fundamentalmente, a partir de las materias optativas como algunos cursos de sociología y, sobre todo, en base al desarrollo de determinados programas de trabajo o de investigación que no estaban articulados con la carrera formal pero en los que participaban alumnos avanzados de la carrera, ayudantes o graduados recientes. El proyecto sobre inmigración masiva al Río de la Plata en el que los historiadores colaboraron con el sociólogo Gino Germani, y los seminarios y cursos que tenían lugar en el Centro de Estudios de Historia Social que dirigía José Luis Romero, cumplieron entonces esta función. A través de estos programas numerosos estudiantes tomaban contacto con escuelas o tradiciones teóricas, hasta entonces escasamente conocidas en la institución, como Annales, la Historiografía Marxista Británica o la Sociología funcionalista norteamericana. Se trataba de corrientes que hasta entonces habían encontrado nulo o escaso eco en los cursos formales.

Puede señalarse entonces que la renovación de la enseñanza de la historia avanzó durante los años sesenta en diferentes direcciones. Algunas de estas se encontraban en sintonía con los cambios que experimentaba la disciplina a nivel internacional. Pero otros tendían a reproducir las viejas prácticas y estructuras curriculares. Por un lado se trató de incentivar la especialización rompiendo, aunque en forma sumamente moderada con el patrón curricular basado en la unidad y homogeneidad de los estudios y cimentado en la cultura clásica. Se produjo

entonces una reacción contra la historia política tradicional y el individualismo metodológico característico de la Nueva Escuela Histórica. Así, quienes impulsaban los cambios curriculares de la carrera de historia en los años sesenta manifestaban su rechazo por la imposición de un modelo de historiador limitado a la posesión de técnicas orientadas al tratamiento de los documentos. Desde la nueva concepción era fundamental para el historiador el conocimiento de los aportes brindados por las ciencias sociales que habían experimentado un notable desarrollo desde la segunda posguerra (Devoto, 1995:155–174).

Sin embargo, por otro lado, los proyectos de transformación curricular de los años sesenta no cuestionaron el orden y la organización general del plan de estudios y, en este contexto, tampoco alteraron significativamente el ordenamiento de las materias de contenido específicamente histórico que articulaban el ciclo formativo. Este orden no había sido alterado sustancialmente desde principios del siglo XX y obedecía a criterios característicos de la historiografía del siglo anterior. Estaba basado, a la vez, en la articulación de un modelo estrictamente cronológico, propio de la periodización francesa (historia antigua, media, medieval y moderna) con otro que pensaba en una distribución geográfica (europea, americana, argentina).¹⁵

Además, los esfuerzos renovadores se vieron limitados ya que varios de los principales exponentes de la Nueva Escuela Histórica conservaron un peso relevante en la carrera de historia e incluso en centros como el Instituto de Investigaciones Históricas, bautizado como Instituto de Historia Argentina y Americana E. Ravignani y que quedó bajo la dirección de Ricardo Caillet Bois. Esto se debió, en gran medida, a que la renovación del cuerpo docente que tuvo lugar entonces no se realizó siguiendo únicamente criterios de orden estrictamente científico o académico. Se trataba entonces de llevar a cabo una “*reparación*” por las injusticias provocadas en este ámbito por el peronismo y entre las víctimas de aquellas se encontraban muchos de los antiguos integrantes de la Nueva Escuela Histórica que ocuparon las principales cátedras sobre todo en el ámbito de la historia argentina y americana.

Finalmente, desde la sanción de un nuevo plan en el año 1959, en el marco entonces del proceso parcial renovación de la enseñanza signada por la creación de nuevas carreras, las modificaciones del ordenamiento curricular de la carrera de historia fueron frecuentes, aunque tampoco alteraron su organización fundamental. Las ordenanzas sancionadas posteriormente incluyeron cambios que reflejaban el intento de seguir rompiendo la vieja estructura centrada en los estudios clásicos. Una reforma de 1965 permitió a los estudiantes que optasen por la especialización en historia argentina y americana omitir ya directamente los cursos de lenguas clásicas y amplió, a la vez, el cuadro de materias optativas en todas las orientaciones contemplando la posibilidad de seguir cursos de literatura, historia social y económica, geografía humana e incluso de cursar materias de otras carreras de la facultad. Al mismo tiempo propuso ampliar el número de seminarios obligatorios. En 1969, mientras tanto, se introdujeron nuevas materias optativas, en un cuadro claramente ecléctico y se incluyó asignaturas que procuraban salir del marco de un plan de estudios centrado casi exclusivamente en el mundo occidental.¹⁶

Así, el armazón de la vieja estructura cuyos rasgos hemos mencionado anteriormente permaneció inalterable. Esa misma estructura atravesó el fugaz intento de transformación de la Universidad de Buenos Aires de 1973 y, prácticamente, todavía constituye hoy el criterio organizador de la carrera de historia. Si bien algunos historiadores han insistido en el carácter renovador de la experiencia de los años sesenta en términos historiográficos insistiendo particularmente en el papel que jugó en ese proceso la casa de altos estudios porteña, evidentemente, este esfuerzo renovador se canalizó en forma muy limitada a partir de los cambios en la estructura curricular. Muy probablemente estos cambios se expresaron a partir de algunos centros de estudios y de ciertos programas de investigación, como los mencionados anteriormente y probablemente también a partir de los vínculos que algunos graduados establecieron con figuras influyentes en este proceso de renovación como José Luis Romero, Tulio Halperín o Ruggiero Romano, un historiador italiano, próximo a Braudel que dictó varios cursos y seminarios durante aquellos años en la Facultad.

Reflexiones finales

El análisis de la evolución de los modelos curriculares de enseñanza de la historia en la Universidad de Buenos Aires muestra la convivencia, a veces armónica, a veces en clara tensión de diferentes modelos. Detrás de ellos pueden percibirse, a la vez, también diferentes concepciones del perfil del egresado de la institución y de las mismas competencias que debía reunir un historiador.

En esta perspectiva no se puede dejar de lado el hecho de que la Facultad de Filosofía y Letras nació en el marco de un conjunto de esfuerzos destinados a introducir la práctica de la ciencia y la investigación desinteresada en una universidad orientada a la formación de profesionales liberales. En este sentido es posible observar, en la primera etapa de la historia de la institución algunos intentos, en el caso de la carrera de historia, por configurar una formación altamente especializada con una fuerte insistencia en la enseñanza del método de crítica documental. También puede observarse un tímido intento por implantar un modelo curricular basado en los cursos de seminario al estilo alemán.

Estas tendencias orientadas a la construcción de un modelo curricular altamente especializado encontraron una fuerte resistencia en el ámbito de la Facultad, resolviéndose la disputa ya a finales de la década de 1910 a favor una estructura más bien unitaria. El ideal del egresado de la institución se orientaba más bien hacia el perfil de un intelectual con un extenso conocimiento de la cultura clásica. Así, la formación específicamente disciplinaria —que en la Facultad se centró en la enseñanza de una historia fundamentalmente política condicionada por el desarrollo del método erudito— quedó relegada a un segundo plano. La estructura curricular privilegió la formación de un egresado dotado de una amplia cultura general más que de conocimientos técnicos específicos y disciplinares.

De alguna manera, el fracaso en los intentos por imponer un modelo curricular especializado y orientado hacia la formación de historiadores profesionales muñidos del método erudito

se vincula con la orientación que tomó la misma facultad. Concebida, en principio como un ámbito consagrado a la investigación y a la ciencia pura debió, gradualmente, dedicarse a la formación de profesores para la enseñanza media. Ésa era, en verdad, la demanda de la mayor parte de quienes aspiraban a cursar sus estudios allí. No concurrían a las aulas de la Facultad con el afán de formarse como científicos sino, fundamentalmente, para obtener un título que les permitiese insertarse en el sistema como docentes.

La estructura curricular unitaria que se impuso definitivamente a finales de la década de 1910 comenzó a quebrarse recién a finales de los años cincuenta bajo influencias más vinculadas ahora a la historia social. Se inició entonces, con lentitud, la implementación de un sistema de organización de los estudios más especializado y que procuraba introducir en la carrera los conocimientos y aportes de las nuevas ciencias sociales. Así empezó la imposición de un modelo que privilegiaba, además, siguiendo la tradición de la Escuela de Anales de la década del '60 el diálogo con la sociología y la economía. Este proceso operó en un marco en el que se procuró también avanzar en una redefinición del perfil del egresado. Entonces tomó cuerpo la idea de que la universidad —y particularmente la Facultad de Filosofía y Letras— debía concentrarse en la formación de investigadores y científicos. Pero, como señalamos, este impulso encontró distinto tipo de resistencias y obstáculos quedando las transformaciones a mitad de camino. A finales de los años '60 y principios de los '70 se fue imponiendo un nuevo modelo que privilegiaba, sobre todo, el compromiso político y militante del intelectual universitario. Dicho compromiso pasó a ocupar un lugar esencial en la propia definición profesional del historiador. Sin embargo, estas nuevas concepciones en torno al perfil del historiador no se tradujeron en cambios sustanciales en la organización de la carrera.

Las controversias y disputas sobre los planes de estudio reflejaron la ausencia, en gran medida, de un consenso entre los distintos actores involucrados en la práctica de la disciplina sobre la identidad profesional. En estas disputas se mezclaban posiciones vinculadas con la forma de concebir a la disciplina con cuestiones relacionadas con la propia función y características de la Universidad y, posteriormente, también con el rol que debían desempeñar los intelectuales y los historiadores en la vida pública. En cierta medida también, los conflictos que atravesaron a la corporación de los historiadores argentinos a lo largo del siglo XX reflejan la falta de consenso y acuerdo sobre el tipo de habilidades y competencias que se suponía debía poseer un historiador profesional.

Notas

¹ Ordenanza del Consejo Superior de la Universidad de Buenos Aires, 11 de junio de 1888, “Bases de organización de la Facultad de Filosofía y Letras”, en *Anales de la Universidad de Buenos Aires*, T. IV, Buenos Aires, 1889, pp 85–87. Esta era la estructura del primer plan de estudios, Primer año: Filosofía (Psicología y Lógica), Literatura Latina (desde los orígenes hasta el siglo de Augusto), Historia de la Civilización Antigua, Geografía Física y Política del antiguo continente; Segundo año: Filosofía (Ética y Metafísica), Literatura Latina (desde el siglo de Augusto hasta el siglo V d.C., Historia de la Civilización Moderna, Geografía Física y Política del Nuevo Continente; Tercer año: Historia de la Filosofía (las escuelas y los problemas), Literatura americana (especialmente argentina), Literatura de la Europa meridional (francesa e italiana), Historia de la Civilización Americana, Ciencia de la educación; Cuarto año: Ciencias Sociales, Crítica Literaria y estética, Literatura de la Europa Septentrional (alemana e inglesa), Historia Argentina, Gramática histórica y comparada (lenguas neolatinas).

² La primera cátedra de Historia de la Facultad estuvo a cargo de Enrique García Mérou, quien en 1898 dedicó su curso, luego de una breve sección introductoria al estudio de las civilizaciones antiguas hasta la caída del Imperio Romano y, en 1897, a un análisis histórico general que comenzaba en la Edad Media y culminaba en el siglo XIX.

³ El primer plan de estudios sancionado por la Facultad contenía un curso de historia en cada uno de los cuatro años de estudios; de la civilización antigua y moderna en primero y segundo año respectivamente, de la civilización americana en tercero y de historia argentina en cuarto. En el plan de 1899 las materias específicamente históricas fueron desplazadas de los dos primeros años y restringidas a los cursos de tercero, donde se dictaba un primer curso de historia universal y de cuarto, donde figuraba un segundo curso de historia universal y uno de historia argentina.

⁴ Dos años antes se había duplicado el número de materias del profesorado.

Con la reforma de 1912 se asimilaron prácticamente los planes de estudio del doctorado y el profesorado. Los del primero exigían la aprobación de tres materias más y una tesis. La formación específicamente pedagógica estuvo entonces, prácticamente durante todo el período que abarca este estudio subordinada prácticamente a la formación disciplinar y limitada sólo a dos o tres asignaturas complementarias.

⁵ El primero de los cursos estaba a cargo de Antonio Dellepiane, el segundo bajo la responsabilidad de Juan Agustín García. La titularidad del de Historia Argentina fue ejercida por Joaquín Castellanos y luego quedó bajo los profesores suplentes, David Peña y Mariano de Vedia y Mitre. En 1912, finalmente, fue designado por el Poder Ejecutivo profesor titular de la materia Carlos Ibarguren.

⁶ “Facultad de Filosofía y Letras. Discurso del decano cesante Doctor Miguel Cané en el acto de transmisión del decanato”, en *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, T. I, 1905, pp 183–198.

⁷ La insistencia de Dellepiane en la cuestión metodológica provocó que en junio de 1913 fuese aprobada sólo la segunda parte de su programa ya que no estaba en consonancia con la ordenanza dictada dos años antes precisamente para evitar que la metodología se transformase en el objeto principal del curso.

⁸ Antonio Dellepiane al señor decano de la Facultad de Filosofía y Letras, doctor Rodolfo Rivarola, mayo de 1916, en *Archivo de la Facultad de Filosofía y Letras*, Caja 29, Legajo n° 64.

⁹ “Informe del Profesor de Sociología sobre el resultado del curso de 1906”, en *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, T. VII, enero–junio de 1907, pp 325–326.

¹⁰ *Lecciones de Historia Argentina por los Alumnos de 4 Año de la Facultad de Filosofía y Letras. Curso de 1899. Profesor titular: Doctor Joaquín Castellanos. Profesor suplente: Doctor David Peña*, Buenos Aires, Imprenta Europea de M.A. Rosas, Buenos Aires, 1899.

¹¹ Aunque muchos de los miembros de la Nueva Escuela Histórica colaboraban en la sección de investigaciones históricas de la Facultad, ninguno había llegado hasta iniciado el período reformista a ocupar cargos de profesor en la institución. Alejandro Korn, decano hasta fines de 1918, comenzó a proponer el nombramiento de algunos de ellos como profesor. Señalaba, elogiando abiertamente su obra que había que concederles la oportunidad de enseñar desde la cátedra el resultado de sus investigaciones.. Así, Luis María Torres fue designado en 1919 profesor suplente de arqueología y Emilio Ravignani, director de la sección de investigaciones desde finales de la década y figura central en la enseñanza de la historia en la Facultad hasta 1946, titular de Historia de América en septiembre de 1920.

¹² Recién con la renuncia de Peña, a principios de la década del treinta, Diego Luis Molinari, un destacado miembro de la Nueva Escuela asumió formalmente responsabilidades en la enseñanza de la historia argentina en la Facultad. En 1942, el curso de historia argentina se dividió asumiendo Molinari, por primera vez la titularidad de un cargo docente en la Facultad. Como ya señalamos, la hegemonía de la Nueva escuela Histórica se asentó más firmemente en otras áreas y cursos. El de Historia de América estuvo a cargo de Emilio Ravignani quien reemplazó allí a Juan Agustín García. En Sociología, Ricardo Levene ocupó la cátedra que había desempeñado como profesor titular Ernesto Quesada hasta 1923. Finalmente, el curso de Introducción a la Historia creado a principios de los años veinte fue ocupado por Luis María Torres hasta 1931 y, desde esa fecha, por el entonces profesor suplente de la asignatura, Rómulo Carbia.

¹³ A principios de la década de 1930, los cursos de Historia de la Civilización adquirieron la denominación uno de Historia Antigua y Medieval y el otro de Historia Moderna y Contemporánea.

¹⁴ Instituto Nacional del Profesorado Secundario. Historia Argentina y Americana III Curso. Año 1926 bajo la dirección del Profesor Emilio Ravignani. Siguen el I Curso de 1927, el IV de 1931, etcétera.

¹⁵ Las materias del ciclo básico en el que los alumnos podían ingresar una vez aprobado el introductoria eran las siguientes: Prehistoria y Arqueología Americana, Geografía Humana, Historia de América I y II, Historia Argentina I y II, Historia de España, Historia Antigua I(Oriente) y II(Clásica), Historia Medieval, Historia Moderna, Historia Contemporánea, Historia del Arte, Teoría e Historia de la Historiografía, Historia Social y Latín o Griego (5 cuatrimestres).

¹⁶ Plan de 1959. Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, Expediente n° 70618/53. Resolución (CS) n° 125 de 1959 firmada por Dr. Risieri Frondizi; Res CD del 30 de octubre de 1962 creando la especialización en Historia Social y Económica; Res CD 4.040, del 28 de diciembre de 1965, aprobando al plan de estudios para la licenciatura y profesorado de Historia, especialización en Historia Argentina y Americana firmada por Luis Aznar y Pedro Tur (Expediente n° 802808/65) y Resolución n° 501 del 30 de diciembre de 1969 (Expediente n° 824253/69), firmada por Alberto Freixas como Decano sustituto y Hebe Clementi como secretaria de Asuntos Académicos.

Bibliografía

- Altamira, R. (1997–1891):** *La enseñanza de la historia*, Akal, Madrid.
- Buchbinder, P. (1997):** *Historia de la Facultad de Filosofía y Letras*, Eudeba, Buenos Aires.
- Carbia, R. (1940):** *Historia crítica de la historiografía argentina*, Coni, Buenos Aires.
- Dellepiane, A. (1906):** *Cuestiones de enseñanza superior*, Coni, Buenos Aires.
- Devoto, F. (1993):** “Estudio preliminar”, en Devoto, F. (comp.), *La historiografía argentina en el siglo XX*, Ceal, Buenos Aires, pp. 7–22.
- Devoto, F. (1993):** “La enseñanza de la historia en las Universidades Argentinas. Dos estudios de caso (1898–1937)”, en AA. VV., *La Junta de Historia y Numismática y el movimiento historiográfico argentino*, ANH, Buenos Aires, pp. 387–402.
- Devoto, F. (1995):** “Itinerario de un problema: Annales y la historiografía argentina (1929–1965)”, en *Anuario del IEHS*, nº 10, Tandil, pp. 155–174.
- Devoto, F. y Pagano, N. (2009):** *Historia de la Historiografía Argentina*, Sudamericana, Buenos Aires.
- Goldstein, D. (1983):** “The Professionalization of History in the Late Nineteenth and Early Twentieth Centuries”, en *History of Historiographie*, 3, pp. 3–27.
- Halperín Donghi, T. (1986):** “Un cuarto de siglo de Historiografía argentina”, *Desarrollo Económico*, nº 100, pp. 487–520.
- Pagano, N.; Galante, M. (1993):** “La Nueva Escuela Histórica: una aproximación institucional del centenario a la década del cuarenta”, en Devoto, F. *La historiografía argentina en el siglo XX*, Ceal, Buenos Aires, pp. 45–78.
- Quesada, E. (1910):** *La enseñanza de la historia en las universidades alemanas*, Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, La Plata.
- Torres, L.M. (1911):** “La enseñanza de la historia en la Universidad de La Plata”, en *Revista Argentina de Ciencias Políticas*, Tomo II, Buenos Aires, pp. 698–709.
- Zuloaga, R.M. (1965):** “La enseñanza de la historia”, en Facultad de Filosofía y Letras, *Memoria Histórica*, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, pp. 361–365.